

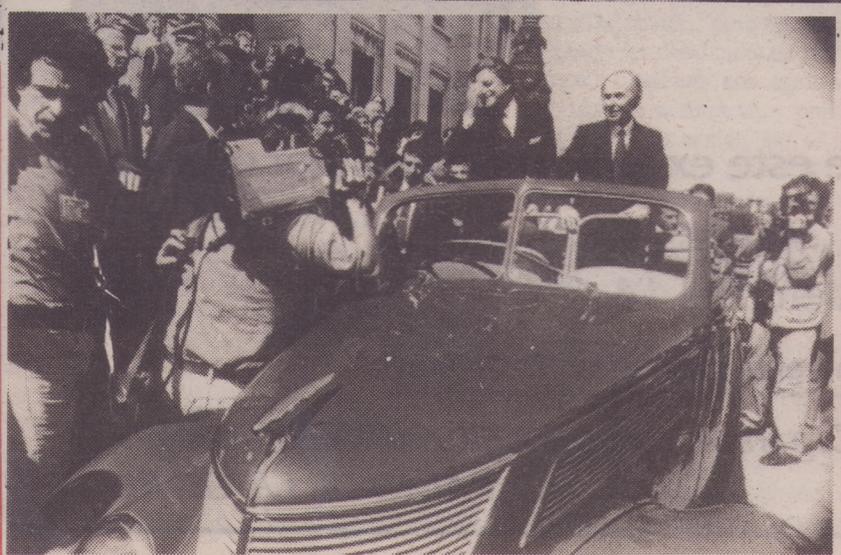
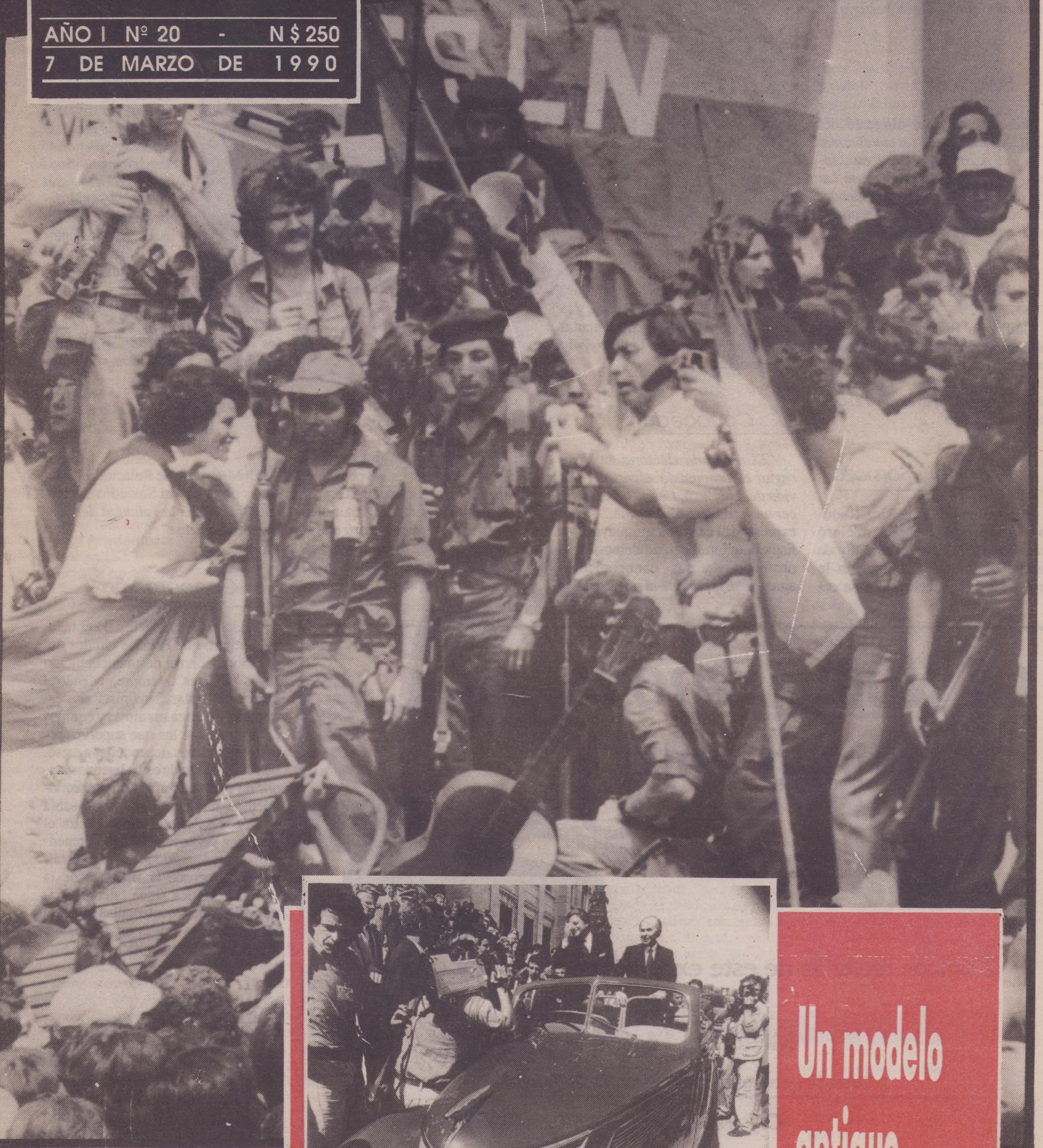


TUPAMAROS

AÑO I Nº 20 - N\$ 250
7 DE MARZO DE 1990

NICARAGUA

LA MALA HORA



**Un modelo
antiguo**

Vestigios

El senador pachequista Juan Carlos Blanco, que fuera canciller de la dictadura en sus peores años, opinó que "las elecciones en Nicaragua representan un paso muy importante por la normalidad y limpieza de la consulta democrática en las urnas, que marcan a la vez un proceso naciente en nuestra América Latina, donde aún queda algún vestigio de autocracia".

Saludable

Wilson Machado, dirigente del SUNCA, marcó que "las condiciones en que se desarrolló el acto electoral no fueron las mejores, ni las más auténticas", pero a su entender "es saludable para la nueva realidad que se vive en todo el mundo".

Avance

Guillermo Endara, puesto en el gobierno de Panamá por la invasión norteamericana, declaró que las elecciones nicaragüenses "demuestran que la democracia avanza en el área centroamericana".

Allende y Somoza

El canciller de Costa Rica, Rodrigo Madrigal, se declaró "emocionado" por el triunfo de Violeta Chamorro. La emoción lo llevó a las comparaciones. A su en-



tender dicha victoria es comparable a la de la oposición checoslovaca, y la negociación UNO-Ejército Popular Sandinista es similar a la de Aylwin con Pinochet.

Conocedor

"El resultado electoral en Nicaragua es un cambio esencial en la vida del país (...). Permitirá establecer un verdadero pluralismo." Así se expresaba el canciller uruguayo Gros Espiell, quien luego de demostrar lo profundo de sus conocimientos agregó: "Espero que el programa de

la UNO esté basado en la libertad y la democracia (...)"

Demócrata

El coronel Mauricio Vargas, comandante de la principal guarnición militar salvadoreña, pronosticó el fin de la guerra en su país luego de la derrota sandinista en los comicios.

Sin referirse a elecciones en El Salvador, fundamentó su augurio en que iba a variar "la cobertura que el FMLN ha tenido de parte de Nicaragua... desde el punto de vista de armas, material y equipos".

Libertad de mercado

El FMLN respondió al gobierno salvadoreño: "Las armas no son el problema, en cualquier parte donde haya mercado de armas las compramos y tenemos capacidad para ponerlas en nuestro Frente. En lugar de hacerse ilusiones con el pronto aniquilamiento del FMLN, lo que deben hacer, es considerar los elementos necesarios para conseguir la demo-

cracia."

Agregaron que "los vientos de democracia también soplan contra los regímenes autoritarios de derecha como los de Sudáfrica y El Salvador".

Aclaración

El Ministerio de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética declaró que "respetará la voluntad del pueblo nicaragüense".

Cooperación

Richard Cheney, jefe del Pentágono, aseguró que Estados Unidos debía cooperar en el desmantelamiento de los "contras", siempre y cuando el Ejército Popular Sandinista se desmovilice y ponga sus armas y equipos en arsenales, a los que supervisores norteamericanos deben tener acceso. La cooperación de estos buenos vecinos no se extendería al plano económico, según Cheney, porque no sabía de dónde saldría el dinero. Para el estratega pentagonista debe aumentarse el presupuesto militar de su país en 1991, porque la amenaza de la Unión Soviética sigue latente. Asimismo hay que mantener las bases en Filipinas y las tropas en Alemania, aún después de su unificación.

Increíble

Un comandante "contra" apodado Jackson declaró a la agencia noticiosa IPS que "no podíamos creer los datos electorales, ya que el aparato civil y militar de los sandinistas estaba totalmente movilizado para ganar estos comicios".

LA NUEVA TROVA

Santiago Feliú



2 únicos recitales de este excepcional cantautor cubano

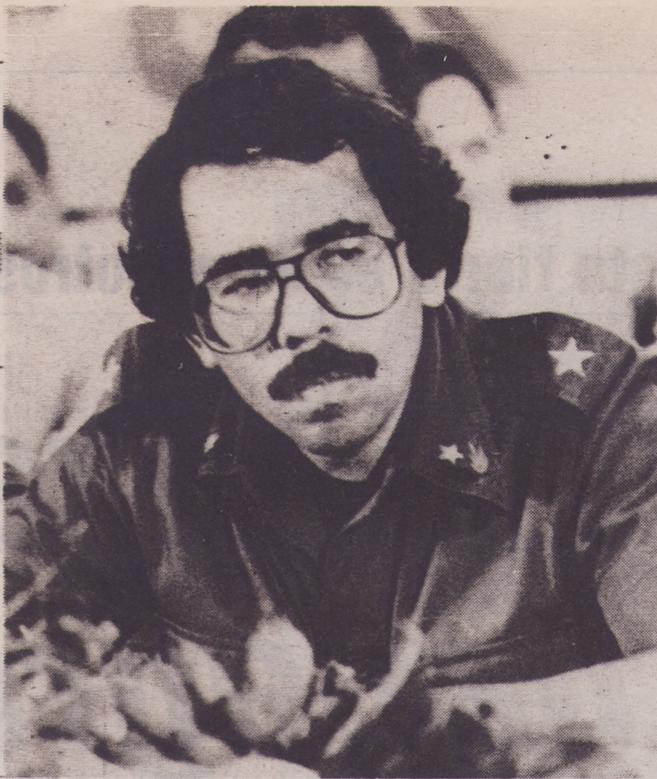
Martes 13

Miércoles 14

Hora 21

Entradas en venta en Teatro "El Galpón"

Organiza: amigos de CX44 Panamericana
LA RADIO DE LA GENTE



Y sin embargo se mueve

Todos nos sentimos muy cerca de Daniel Ortega, cuando este, con voz ronca, reconoció la derrota. Así, sin anestesia, una cruda realidad nos golpeó, agregando señales agoreras a un tiempo que ya ha visto demasiadas. Nuestras ideas previas se sumieron en el desconcierto de lo inesperado, y la reflexión, necesaria en todo momento, se hizo imprescindible para sobrevivir en esta mala hora donde todo parece ser viento en contra.

Fue claro que Estados Unidos preparó el "desembarco" de la UNO, con su bombardeo económico y sus bandas mercenarias. Pero si bien la acción del imperialismo es un elemento que debe integrar todos los análisis, no puede ser el único en el momento de buscar las causas de una derrota.

No sirven las conclusiones fáciles. Seguramente Ceaucescu no invalida a Lenin, ni el triunfo de la UNO reivindica a Stalin. El proyecto sandinista —economía mixta, pluralismo, pluripartidismo y no alineamiento— no murió el 25 de febrero.

Las posibilidades de su economía mixta no pudieron evaluarse del todo por el bloqueo, que no fue solo de Reagan y Bush. El pluralismo pagó el precio de incluir a la oposición político-militar respaldada por Estados Unidos. El no alineamiento dejó de ser opción, pues los países que pelean por su independencia ya no encuentran con quien alinearse.

El Frente Sandinista perdió una batalla. En esta instancia no logró ganar mayoritariamente la conciencia del pueblo, sin que esto signifique el final de la revolución, ni el cierre de sus posibilidades futuras. Antes de las elecciones el comandante Víctor Tirado había dicho algo que es válido para presumir el futuro: "Si tardamos 20 años en hacer la unidad antisomocista y tumbar a la dictadura, estamos dispuestos a pasar otros 20 años para conseguir la unidad nacional y vencer

el desafío de reconstruir Nicaragua".

No es fácil, pero el desafío sigue vigente, y no solo en Nicaragua.

Tiempos difíciles

Esta es una época que día a día nos pone frente a nuevos hechos, y los últimos no son, precisamente, "buenas nuevas". Muchos modelos de socialismo están siendo cuestionados por los pueblos que se decían los habían erigido. En el epílogo de la guerra fría aparecen teóricos soviéticos que niegan la explotación colonial que han sufrido América Latina, Asia y África. El Sur queda limitado a sus propias fuerzas.

Por si faltaban ejemplos, el caso de Nicaragua demuestra palpablemente que las transformaciones que conmueven al mundo han abierto el abanico de lo posible hasta grados ayer inimaginables. También confirma que esos cambios han estrechado las posibilidades actuales de iniciar y desarrollar procesos de liberación nacional y de tránsito al socialismo en el Tercer Mundo.

La historia sale al paso de leyes e ideas que parecían incommovibles. La reversibilidad de los procesos hacia el socialismo nos prueba que la guerra por ganar a todo el pueblo debe ser permanente. El enemigo —imperialismo, burguesía, burocracia o individualismo— nunca es aniquilado, acecha todos los cambios, y trabaja de polizón en cada lugar y en cada momento.

Detrás de un resultado electoral, que sorprendió a todos, puede adivinarse el recrudecimiento de la ofensiva militar, política e ideológica del imperio. Habrá más Grenadas, más Panamá, y más ejércitos mercenarios en las fronteras de países desobedientes, porque el método ha demostrado su eficacia.

La primera línea de batalla puede estar más cerca, puede estar aquí y ahora, en nuestras cabezas.

¿Quién escapa al bajón? La fe que mueve montañas no fue suficiente esa mañana para empujar una pequeña piedra. Las utopías nos miran y nos preguntan si aún es posible...

En el camino

Podemos borrarlos, irnos a cuarteles de invierno, porque todo hace pensar que la primavera, si es que existe, está lejos. Podemos convertirnos en críticos de salón, en refulgentes teóricos especializados en caricaturizar a enemigos y compañeros. Podemos elegir ser cómodos observadores de la eterna escena donde se mueven víctimas y victimarios.

La izquierda está siendo invadida por el temor a las definiciones claras. En este río revuelto muchos pescadores tiran el anzuelo sobre nuestras ideas, asustándonos con la creencia de que cada convicción es un pecado irredimible. Es difícil remar en contra, escasean las motivaciones para seguir luchando con fuerza. La resignación y el escepticismo se disfrazan de realismo. Con mucho menos que el asma del Che, uno puede entregarse: en el montón, tal vez ni nos vean...

Pero aunque la tierra nos parezca inerte, inmóvil bajo nuestro pies, sus entrañas se agitan mientras viajamos por el espacio a velocidades inconcebibles. Las sociedades del mundo pobre siguen llenas de hambre, de sufrimiento y de injusticia, generando terremotos y erupciones. El socialismo sigue siendo válido como horizonte de una vida mejor para esos 4.000 millones de seres humanos.

Hacia ese horizonte debemos dirigir la vista, con la convicción de que no llegaremos si cada uno de nosotros renuncia a ser humilde protagonista. La etapa actual es avara en mostrarnos caminos claros y firmes; pero no ha perdido validez la opción de rebelarse contra un indigno presente para perseguir un futuro incierto. Habrá que exigirle mucha fuerza a nuestros pies para seguir caminando.

Esta tierra es de nosotros

Extranjerización del agro



Un millón y medio de hectáreas están en manos de extranjeros. Este no es el único ni el mayor problema que sufre el campo uruguayo: hay un estancamiento que obedece a causas estructurales que llevan décadas sin ser resueltas. El predominio de la explotación extensiva, latifundista, se acentúa año a año. Han aparecido núcleos dinámicos, intensivos —arroz, soja, citrus, leche— que aprovechan las condiciones favorables para acumular, pero tampoco escapan al proceso de concentración y extranjerización. La contracara de esas modalidades productivas son los miles de productores fundidos, la emigración, y los salarios miserables de los trabajadores rurales. El campo está solo y espera.

En diciembre de 1986, Raúl Sendic denunciaba desde Europa que embajadas uruguayas ofrecían en venta las tierras de nuestro país.

Lamentable hecho y exacto símbolo. Poco tiempo después se iniciaba la discusión parlamentaria de un proyecto de ley presentado por el senador Carlos Julio Pereyra, que prohibía la compra de tierras por parte de "extranjeros no residentes".

El dirigente del MNR ya lo había presentado en 1972, año en que también otros representantes blancos y colorados plantearon proyectos alternativos. El golpe de Estado impidió que alguno de ellos fuera aprobado. En 1976 el Consejo de

Estado archivó otro proyecto que prohibía la extranjerización en una franja fronteriza de 50 kilómetros, aduciendo que podía "afectar las relaciones con países vecinos".

En 1987 se repitieron los fundamentos de quince años antes, pero la situación era mucho más grave: las 200.000 hectáreas en manos de extranjeros habían pasado a ser más de un millón 500.000, la mayor parte perteneciente a brasileños y argentinos.

Defendiendo su proyecto, el senador Pereyra hizo referencia a "un sentido de nacionalismo, de justicia para con los nuestros, de defensa de nuestra fundamental riqueza y de nuestra soberanía".

Agregó a esto el perjuicio económico que conlleva la situación: especulación, descapitalización del país, depredación de tierras aptas, desplazamiento de productores uruguayos.

Con la reconocida capacidad de maniobra que poseen, algunos senadores quisieron desviar el tema soberanía hacia el aspecto militar: Dardo Ortiz preguntó qué riesgo era un egipcio con campo en Durazno. En realidad el proyecto apuntaba a que las principales decisiones económicas no sean tomadas por grupos o personas ajenos al "interés nacional". En su exposición, el senador rochano se refirió a los imperialismos, y en particular a su forma actual, el imperialismo

económico, "que ha tendido sus redes sobre América y está succionando sus riquezas". Asimismo esgrimió argumentos artiguistas, considerando que no estaban fuera de época porque "de alguna manera estamos en guerra contra la penetración económica que domina, roba y esclaviza (...)". Recordó también que en 1984 el Directorio de su partido definió la extranjerización total del país como una de las peores secuelas de la dictadura.

El proyecto era sencillo. Definía que "solo los ciudadanos naturales o legales pueden ser propietarios o titulares de explotaciones", ya sea en forma unipersonal, como socios o accionistas. A los

actuales tenedores de tierras que no fueran compatriotas les daban un plazo de tres años para regularizar la situación, sobreviniendo luego la expropiación, pagada en el plazo máximo que permite la Constitución (diez años). Podía haber excepciones: "El Poder Ejecutivo podrá autorizar la compra de tierras por extranjeros" si estos comprometen su permanencia en el país, y su ajuste a "planes nacionales de promoción y desarrollo".

Al Instituto Nacional de Colonización se le adjudicaba el papel de "primer comprador" en caso de haber ventas de esas tierras.

Misericordias y esencias

Los senadores colorados y blancos opuestos al proyecto esgrimieron diversas argumentaciones: inconstitucionalidad, xenofobia (odio a lo extranjero), diferencias filosóficas, inexistencia de "interés general"... Exhibieron abuelitos y correligionarios para "probar" que los extranjeros solo llegan a estas costas para bendecirlas con sangre, sudor y lágrimas. Detrás de tan honrosos ejemplos pasaron escondidos los grandes capitalistas, los capitales "golondrina", y los banqueros que esperan su porción en cómodos despachos.

El senador Jorge Batlle, original como siempre, aseguró que los orientales que lucharon con Artigas "no lo hicieron por la tierra", sino por "la libertad e igualdad del individuo sin limitación alguna". En su versión el Prócer pasaba casi a patrocinar la actual política neoliberal...

"Este proyecto niega las esencias mismas de la Nación", agregaba Batlle, concluyendo brillantemente que había tantos aspirantes a colonos que habría que repartir la tierra "por metro cuadrado (...) condenando a la miseria a todo el mundo".

Por su parte, el senador Dardo Ortiz fue menos rebuscado. Dijo que "muy poco podemos hacer sin la ayuda de los demás", y que "lamentablemente esa ayuda casi nunca es filantrópica; por encima de los banquetes y los abrazos protocolares están las obligaciones y las exigencias". Para Ortiz, "el que pide siempre tiene que estar supeditado a la voluntad, el deseo o la imposición del que otorga", pensamiento que no asombra por provenir de un escribano. Don Dardo se definió como "nacionalista sensato".

Bien servidos

La votación fue contraria al proyecto, 17 a 14. Entre los 17 se contaron los herreristas Ubillos, Ortiz y Lacalle. El actual Presidente de la República expresó su deseo de que llegue "un nuevo aporte de extranjeros", para dar un gran impulso al país. "El nacionalismo y la soberanía" —valores tan caros a sus correligionarios y antepasados— "estarán mejor servidos con gente próspera (...) y para ello es necesaria la inversión extranjera".

Lacalle, senador pero también productor rural, aprovechó la ocasión para destacar que la baja inversión en el agro se debe al exceso de impuestos.

Pero esta crónica no pretende ser huradora de antiguos dichos y actuales consecuencias. El proyecto del senador Pereyra vuelve a cobrar actualidad, porque su partido está en el poder, y porque la propuesta ha sido objeto de discusión

en la pulseada que precedió a la instalación del gobierno.

Al parecer el presidente Lacalle habría aceptado que el MNR presentara un proyecto para equiparar nuestra legislación a la brasileña. Es decir, que el principal requisito a cumplir para adquirir tierras sea tener la residencia en el país. Esta posible actualización de aquella idea tan denigrada por la mayoría parlamentaria anterior, obliga a analizar la situación del agro en todos sus aspectos, viendo el tema como parte de un todo que es la sociedad uruguaya.

Pocos pero bien montados

El estancamiento del agro uruguayo, reflejado en los "rindes" de casi todos los cultivos y en la producción por animal o por hectárea, no es coyuntural. Se ha venido arrastrando por décadas, y la explicación debe remitirse a las estructuras.

Acaparada la tierra desde principios de siglo por pocos y grandes propietarios, el incremento de producción por aumento de las tierras explotadas no es posible. El Censo de 1980 indicaba que 1000 familias poseen el 30 por ciento de las tierras labo- rables, mientras que 64000 pequeños y medianos productores apenas reúnen un 25 por ciento. Y este virtual monopolio se ha venido acentuando. Entre 1961 y 1986 desaparecieron 30000 explotaciones rurales, un tercio del total.

Otra forma de aumentar la producción sería introduciendo nuevas tecnologías, pero cuidando que sean adecuadas a nuestra realidad y a nuestros propósitos. La investigación, la asistencia técnica y créditos accesibles permitirían una progresiva modernización. Pero este es un tema que no puede verse aislado de lo general; por ejemplo, el crédito debería formar parte de un plan general de desarrollo, en vez de ser la cuerda floja que la banca obliga a transitar a quienes los necesitan.

Volviendo al tema de producir más, encontramos una tercera opción: sustituir los rubros extensivos por actividades más intensivas en el uso del suelo. Esto se dio en una mínima proporción, porque los insignificantes costos siguen haciendo rentable al latifundio, o porque los negocios rurales en muchos casos son solo una parte de grandes grupos económicos que tienen intereses diversificados, y cuya estrategia de acumulación tiene una base industrial. Sin perder el monopolio de la tierra, la fracción ganadera tradicional se ha debilitado.

Pero hubo excepciones que explican el (escaso) crecimiento de la producción. Son los casos de la lechêria, el arroz, la soja, los citrus y los sacarígenos (caña y remolacha). Pero estas son islas que no alteran el predominio y la acentuación de una estructura que no privilegia la reinversión agraria.

Polos de desarrollo

La agricultura intensiva orientada a la exportación forma parte de un modelo que se quiere presentar como generador de desarrollo. La realidad es menos proclive al optimismo: unos pocos embolsan grandes ganancias ayudados por créditos de gobierno y organismos internacionales, mientras la extinción amenaza a capas enteras de pequeños y medianos productores, y los salarios rurales se mantienen en un nivel de semi-esclavitud.

La rebaja de las barreras arancelarias viene profundizando este proceso que es mundial, y que en nuestro país parece estar entrando en una vertiginosa etapa de concentración y extranjerización. Son ejemplos la absorción del ingenio RAUSA por la Coca-Cola o las recientes compras de arroceras por capitales brasileños.

El latifundio y la producción capitalista intensiva son una doble marca que sigue arrojando seres humanos a las orillas de los pueblos y ciudades.

La suerte de los que quedan en el campo no es mucho mejor. El laudo de los peones especializados es de NS 75.128. A quienes no reciben vivienda y alimentación de sus patrones se les paga una compensación de NS 40.719.

¿Quién puede dudar hoy de la inteligencia e intuición de aquellos paisanos que iban detrás de Artigas, e incluso de quienes seguían a otros caudillos menos santos, bajo la divisa de "aire libre y carne gorda"?

La parte y el todo

Es claro que el tema agrario pasa por el interés nacional. Debemos defender nuestro suelo del capital extranjero, así sea meramente especulador, o produzca muy bien pero envíe al exterior las ganancias. Y esto sin olvidarnos de los "peores americanos", los que están acá pero subordinan el "interés nacional" al propio.

Sin embargo, debemos mirar como altamente positivas las coincidencias que puedan presentarse en aspectos parciales. La lucha por determinadas reformas puede abrir camino a la concreción de alianzas hacia cambios mayores. Pero a condición de que los problemas y las soluciones dejen de ser debates parlamentarios para transformarse en exigencias de los protagonistas de la historia, los que la hacen "de pata en el suelo".

Solo las transformaciones de fondo pueden cambiar el alma a nuestros campos y a nuestro país. Y debemos tener en cuenta que todo proceso tiene etapas de desarrollo, que pueden apurarse o frenarse pero no saltarse.

Las experiencias de otros pueblos no nos darán modelos; serán nuestra teoría y nuestra práctica, nuestra realidad, las que determinarán las etapas a cumplir y la duración de las mismas.

Huellas

Hoy parece esencial sostener un plan de emergencia para el agro que, pasando por el tamiz de su aceptación popular, pueda conducirnos a la obtención de mejoras en las condiciones de vida de quienes más "sufren" el sistema.

Para una etapa intermedia, el principal objetivo puede ser una redistribución de la tierra que elimine la traba latifundista aumentando la producción. Para alimentar a la población, exportar, y para aportar materia prima a una industria que necesita desarrollarse. Así se lograría disminuir desigualdades y dinamizar otros sectores de la economía.

Un camino sería otorgar las tierras de latifundistas endudados y las grandes extensiones mal explotadas, a aquellos que quieran hacerlas producir en el marco de un proyecto que beneficie a las mayorías. Otras medidas conducentes a tales fines pueden ser adecuadas políticas crediticias e impositivas; e inclusive la reapertura del Frigorífico Nacional, en un momento en que los grandes grupos de esa industria engordan con la ruina ajena.

Finalmente, la transformación del agro debe verse dentro de la transformación global del Uruguay. Y ésta necesariamente implicará un cambio en las relaciones de poder actuales, a través de la lucha de los sectores interesados en desmontar pieza por pieza este sistema.

Caminos tan largos no son fáciles de andar, a veces cansa solo el imaginarlos. Pero no hay más alternativa que recorrerlos, buscando bajo el polvo de los años las huellas de Artigas.



Cuando el 25 de noviembre último el Frente Amplio registró el mayor avance electoral en la historia de la izquierda uruguaya, el panorama político latinoamericano era muy otro. En Brasil, el Partido de los Trabajadores se aprestaba a librar una batalla decisiva, cerca de la conquista del gobierno del más grande y rico país de nuestro continente; el Frente Farabundo Martí iniciaba la mayor ofensiva de su historia en El Salvador; el triunfo de la oposición democrática chilena, por dudoso y recortado que fuera, abría nuevos espacios de lucha frente a la más antigua y odiada dictadura latinoamericana. La invasión de Panamá, era solo una sospecha, sin forma y sin fecha; y algo más lejos en el tiempo, las elecciones generales nicaragüenses parecían abrir las puertas a un tiempo nuevo.

En menos de tres meses el panorama se ha revertido.

Una encrucijada histórica

La transición en Nicaragua es algo más que un problema, es una encrucijada histórica. La UNO, carente de base social estructurada, desprovista de programa— más allá de la repetición de los eslóganes neo-liberales en boga —no tendrá más remedio, y así lo ha manifestado, que negociar con el sandinismo. Para ello ha designado al empresario Antonio Lacayo, quien habrá de vérselas con el general Humberto Ortega, hermano del presidente saliente y actual ministro de Defensa. Recientes declaraciones de este, refrendadas por el Comandante Bayardo Arce, han llamado la atención acerca de la inmovilidad de los mandos del Ejército Popular Sandinista y del Ministerio del Interior. La Carta Constitucional así lo prevé. Las negociaciones en curso se desarrollan en el Centro Carter, y asisten a ellas como observadores Javier Pérez de Cuéllar, Elliot Richardson y João Baena Soares. El tema crucial es la desmovilización de la "contra", condición previa —para el sandinismo— al traspaso del gobierno. Israel Galeano (comandante Franklin), jefe militar de la "contra", condicionó a su vez la desmovilización a la negociación directa entre la "contra" y la presidenta Violeta Barrios. De acuerdo a esto, la "contra" aparece como convidado de piedra, con personalidad propia como para exigir un lugar en la mesa, requisito que, sin duda, el sandinismo no aceptará. Por su parte, Richard Cheney, secretario de Defensa norteamericano, tiene la desfachatez de exigir el desarme del Ejército Popular Sandinista (EPS) y el depósito de las armas en arsenales a los que deberían tener acceso los supervisores norteamericanos. Sumado a esto, ya comenzaron a revelarse las primeras fisuras dentro de la UNO; consecuente con sus promesas prelectorales, el asesor económico de la viuda de Chamorro, Francisco Mayorga, urgió la devolución de las tierras expropiadas a sus primitivos dueños. Rápidamente, Alfredo César, asesor número uno de la presidenta electa, le salió al paso, declarando que hay que respetar lo que está expropiado, más allá de que se pueda indemnizar a los antiguos propietarios. Las especulaciones de que EEUU pueda revertir el deterioro de la economía nicaragüense —que ellos mismos provocaron— mediante una fuerte inyección de capitales no parecen tener asidero alguno. La patética figura del títere Endara en Panamá, realizando una huelga de hambre en procura de asistencia económica, es un acabado ejemplo al respecto. Por otra parte, el nuevo plan económico propuesto por la UNO, ferocemente entreguista, no augura más que la agudización de las tensiones sociales. Por si esto fuera poco, la contradictoriedad y la corrupción imperantes en su plantilla política, es una arena movetizada capaz de tragar cualquier

inversión que pase por sus manos. En ese entorno, decir que "la lucha continúa" es algo más que una consigna para uso de voluntaristas, sino la constatación de la lógica inexorable de los hechos. Desplazado del gobierno, el sandinismo dista mucho de estar marginado de la escena política; antes bien, ocupa su centro, en virtud de su capacidad de movilizar a los sectores más conscientes y combativos de la población, de su bien ganado prestigio frente a la opinión pública internacional y de la ventaja paradójica de encontrarse súbitamente en la oposición, controlando aún —y sin intención de resignarlos— los principales resortes del poder.

Los caminos del poder

Cuando caracterizamos la derrota electoral del sandinismo como estratégica, lo hacemos en el entendido de que las elecciones del domingo 25 fueron, en toda la regla, un plebiscito en torno a la cuestión del poder. Lo paradójico del caso consiste en que si en cualquier lugar del mundo se hubiera realizado un plebiscito similar, sin duda el sandinismo hubiera triunfado. Sin embargo, los protagonistas, los que soportaron y resistieron una agresión de diez años, respaldada y financiada por la más grande potencia de la tierra (EEUU), votaron —en su mayoría— por el hierro que los hierre, por la mano que los hambrea, por los verdugos de su juventud. Una constatación que induce al desánimo y a la duda casi filosófica. Sin menoscabo de la grandeza política y moral de un pueblo, que fue y es ejemplo y orgullo para Latinoamérica, es imprescindible reflexionar en el necesario por qué de este contraste. Es cierto que este maravilloso renacimiento revolucionario en nuestro continente se debe a la capacidad del FSLN para no ceñirse a ortodoxias paralizantes. Es cierto también que la convocatoria a elecciones generales, en momentos en que Nicaragua soportaba una terrible agresión en todos los frentes, tiene un componente de grandeza que dignifica aún más a un proceso digno en todos los sentidos. Pero la primera pregunta que naturalmente nos formulamos es por qué el sandinismo convocó a elecciones generales cuando el bloqueo y la agresión colocaban al pueblo nicaragüense al borde de la desesperación. Un semanario montevideano da una respuesta lúcida, y sin embargo polémica, con respecto al tema: "Por convicción y necesidad, los sandinistas hicieron esta convocatoria en la certeza de que el pueblo los respaldaba mayoritariamente, aun en medio de dificultades inmensas. Pero en la derrota han sabido tener coherencia y la dignidad de someterse al veredicto adverso."

¿Debían los sandinistas haber retenido el gobierno de Nicaragua en base a una institucionalidad que impediría toda oposición real (partido único y gula incontestable, centralismo democrático, elecciones puramente formales), o fue preferible perder ese gobierno a cambio de conocer (para acatar) la voluntad mayoritaria de los nicaragüenses? Ahora corren todos los riesgos menos uno, el de estar en proceso de divorcio con su pueblo, el de dejar acumular una disconformidad escondida, una bronca sorda que un día hubiera podido estallar de la peor manera.

Más allá de la buena fe de la más inspirada de las vanguardias —parecen decirnos los sandinistas—, sin un consenso popular, libremente expresado, no puede haber un proceso de transformación durable y, en el caso del socialismo, uno que no entre en contradicción con los propios postulados del sistema." (Los subrayados son nuestros).



NICARAGUA

La mala hora

El lunes 26 de febrero, a las siete y media de la mañana, la voz quebrada del presidente Daniel Ortega confirmó al mundo, de manera tácita, lo que aún resultaba increíble. "Independientemente de los resultados oficiales, que dará a conocer el Consejo Supremo Electoral, nos sentimos orgullosos de estar aportando a Nicaragua, a los pueblos de América Latina y del Caribe, a los pueblos en vías de desarrollo, de estar aportando en este mundo injusto, dividido entre poderosos y débiles, un poco de dignidad, un poco de democracia, un poco de justicia social desde este pequeño territorio de Centroamérica." A esa altura del escrutinio, la Unión Nacional Opositora (UNO), conglomerado heterogéneo de ex guardias nacionales, antiguos somocistas, liberales, socialistas y comunistas, aventajaba por cien mil votos al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). En el exiguo padrón electoral nicaragüense, las cifras marcaban una tendencia irreversible, que a la postre se vio confirmada por los hechos. Los porcentajes finales, de 55 contra 42 por ciento, no dejan lugar a la discusión del triunfo de la fórmula Chamorro-Godoy. Queda la perplejidad, queda la incertidumbre sobre la suerte de Nicaragua y la América Latina toda; resta intentar explicarnos el origen y la naturaleza de esta derrota —sin duda de resonancias estratégicas— que pone en tela de juicio muchas de nuestras más caras certezas y que, no obstante, nos confirma en otras.



Según estas líneas, la motivación del FSLN para convocar a elecciones generales fue su sed de conocimientos acerca de su real popularidad. El ansia cognocitiva, piedra miliar de la conducta de los intelectuales, poco tiene que ver con las decisiones cruciales que se toman en política en situaciones límites. Lo real es que el sandinismo convocó a elecciones generales (ya lo había hecho en 1984) forzado por las circunstancias y para fortificar el mejor argumento —su imagen plural y democrática— que tuvo la revolución sandinista frente a las fuerzas coaligadas del imperialismo, la *contra* y los enemigos internos.

Democracia y socialismo

Frente a la opinión pública internacional, Ortega no era ni Noriega ni Ceaucescu, sin embargo, el proceso que representaba sufría, al igual que aquellos, los efectos devastadores del aislamiento y la agresión, mucho mayores para el pueblo de Sandino, cuanto más grande es su arraigo entre los humildes, cuanto más socialista y participativo es el proceso que encarna. Y además, la convocatoria de maras, se realiza en el entorno de una victoria ideológica del capitalismo a escala mundial, que es, sin duda, una de las principales características de este momento histórico. Para legitimar su existencia, para que cese la matanza de su juventud, para que se atenúe el bloqueo económico que la condena al hambre, la revolución debe adoptar, como paradigma de la respetabilidad, la forma democrático-parlamentaria, de acuerdo al modelo de las grandes sociedades imperialistas.

El sufragio universal, llamado por Engels "arma de dominación de la burguesía", se universaliza como el "Sésamo ábrete" del progreso, incluso para aquel que en tiempos no tan lejanos fue llamado "campo socialista". La convicción de que la democracia socialista debería desenvolverse de acuerdo a nuevas formas de organización política, superadoras de aquellas creadas por la burguesía, se convierte en ironía ante el espectáculo de la desintegración política de las estructuras socialistas del Este europeo. En esas condiciones, la adopción de las formas parlamentarias de gobierno fue para el sandinismo un salto en el vacío, una afirmación sí de su carácter flexible e innovador, pero también un tributo obligado a los tiempos, un acto más de beligerancia, tan "libre" como la firma que se le arranca a un torturado.

La crisis del internacionalismo

Lo peculiar de este momento político de Nicaragua radica en la imposibilidad de analizarlo hasta las últimas consecuencias, precindiendo de un contexto internacional que condicionó, sin duda, las determinaciones de la dirección sandinista.

Y en ese contexto es que se conmueve un conjunto de ideas, que tienen que ver con la herencia que hemos recibido acerca del desarrollo del socialismo a nivel mundial. De acuerdo a ello, cada nación liberada de la égida imperialista es una partícula sumada a la expansión de un "campo socialista", que a la manera de un ejército regular va liberando al mundo y dejando al capitalismo sin terreno de sustento. La idea de la irreversibilidad de los cambios que conducen al socialismo nos ha sido tan cara que resulta difícil admitir la posible idea de que Nicaragua vuelva a caer en la órbita imperialista.

Un cuarto de siglo atrás, el 27 de febrero de 1965, en ocasión de la Conferencia de Argelia, Ernesto Che Guevara decía: "Es

preciso que los países socialistas se definan en forma clara, ya que se puede vender a precios de mercado mundial las materias primas que cuestan sudor y sufrimientos sin límites a los países atrasados y comprar a precios de mercado mundial las máquinas producidas en las grandes fábricas automatizadas. Si establecemos este tipo de relación entre los dos grupos de naciones, debemos convenir en que los países socialistas son en cierta manera, cómplices de la explotación imperial".

La situación que anunciaba Guevara en Argelia, terminó convirtiéndose en norma para la relación entre países socialistas. A partir de junio de 1987, Nicaragua debió resignarse a recibir de la URSS el 40 por ciento del petróleo requerido para su consumo. De acuerdo a los planes de la dirección soviética, 1992 es la fecha tope para la equiparación de los términos diferenciales de intercambio, a los del mercado mundial. Bloqueada en lo económico, agredida militarmente, con un 86 mil por ciento de inflación anual, con un racionamiento riguroso de los productos de primera necesidad, propio de una economía de guerra, el sandinismo se encontró librado a sus propias fuerzas en una batalla desigual, en la que su diplomacia debió transformar la guerra en paz precaria, a la búsqueda de una tregua que pusiera coto a la sangría en que se consumía. Esquipulas I y II no solo fueron negociaciones en las que el sandinismo fue capaz de negociar de igual a igual, con un adversario infinitamente más poderoso, sino que fueron instancias en las que fue preciso ceder posiciones, hasta llegar a la "cumbre centroamericana", en la cual Daniel Ortega debió suscribir una declaración en la que, objetivamente, se equiparaba a los revolucionarios salvadoreños con la *contra* nicaragüense.

Un largo adiós

Las elecciones nicaragüenses del 25 de febrero marcan, a la vez, un fin y un principio. Adiós a los proyectos socialistas solidarios con un campo socialista que ya no existe. El propio Gorbachov ha sido meridianamente claro al respecto. En su libro *La segunda Revolución Rusa* afirma: "En más de una oportunidad he declarado que nosotros no tenemos ninguna meta que sea contraria a los intereses occidentales. Somos conscientes de cuan importantes son el Cercano Oriente, Asia, América Latina, otras regiones del Tercer Mundo e incluso África del Sur para la economía de los Estados Unidos y de los países de Europa Occidental, en particular en lo que respecta a las fuentes de materia prima. Molestar o perjudicar estos vínculos es lo último que nosotros queremos hacer. Nosotros no tenemos la intención de provocar quiebre alguno en los intereses económicos mutuos, históricamente formados en estas regiones. Nosotros no queremos tampoco sacar provecho de las corrientes de opinión antiamericanas, y por supuesto que mucho menos queremos fomentar o caldear esas corrientes. Nosotros somos realistas, no somos irresponsables aventureros".

De aquí en más, los procesos revolucionarios latinoamericanos no podrán contar más que consigo mismos. En el futuro, los temas del poder estarán vinculados a una estrategia continental que sabrá de avances y retrocesos, de pérdidas y reconquistas, en las que nada estará perdido ni definitivamente asegurado. Mientras que en los fogones del pueblo sandinista se mastica la derrota y se reorganizan las filas para los próximos combates, América Latina entera debe prepararse para su hora.

Vertiendo el vino añejo en odres nuevos podemos hacer nuestra la consigna artiguista de "que nada podemos esperar sino de nosotros mismos". Seguramente, Sandino también lo aprobaría.

1947-1990

Coincidencia patriótica-Coincidencia nacional

La misma historia

Después de Terra y Baldomir, con el enriquecimiento debido a la acumulación de reservas en divisas durante la segunda guerra mundial, la clase dominante uruguaya vivía pacíficamente su éxito. El resultado de las elecciones de 1946 significó el triunfo del batllismo dentro del Partido Colorado, un aumento considerable del herrerismo dentro del Partido Nacional y un muy reducido caudal electoral en la izquierda.

Tomás Berreta y Luis Batlle

Las formas adoptadas por ambos partidos tradicionales, a fin de lograr la supervivencia de un mismo proyecto de país, han ido variando a través de nuestra historia y combinándose de manera casi caleidoscópica. Desarrollando diferentes estrategias, que aparentan ser cambios, el Partido Nacional y el Partido Colorado han ido representando roles diversos para responder a las exigencias de la clase dominante y a los reajustes impuestos por los intereses internacionales. Oficialismo, oposición, gobernabilidad, coincidencia, son los papeles que se han estado repartiendo en la trama de una misma historia: perpetuar la dominación de aquellos cuya riqueza son sus brazos.



Foto de Santiago Possamav

Berres van a representar modalidades diferentes adoptadas por el sector batllista. El gobierno del primero impone una línea dura que cuestiona la acción de los sindicatos, pretendiendo limitar el derecho de huelga, reglamentándolo, o simplemente suprimiéndolo como en el caso de los empleados públicos. Quien a su muerte permitió el ascenso de Batlle Berres al poder, envió al Parlamento tres iniciativas de ley en ese sentido: Ilicitud de la huelga en los servicios públicos, Reglamentación Sindical y Creación de Tribunales de conciliación obligatorios.

La huelga ferroviaria del '47 —donde se aplicaron por primera vez medidas prontas de seguridad y se encarceló a dirigentes

sindicales— había resistido los planes de Berreta para el sector, desencadenando estos avances represivos.

Con un movimiento sindical fragmentado —después de los errores de la UGT durante la huelga del Frigorífico Nacional en el '43—, con un amplio sector de asalariados recientemente sindicalizados, los trabajadores dieron una rotunda respuesta histórica a esta limitación de sus derechos: el paro general del 30 de junio de 1947.

Allí se logra liberar a los dirigentes encarcelados, una solución positiva al conflicto ferroviario, pero, sin embargo, se vota una ley limitando el derecho de huelga de los funcionarios públicos en algunos servi-

cios "esenciales".

Este marco fue el preámbulo al gobierno de Batlle Berres, quien para impulsar una estrategia diferente, debería atemperar los rozamientos entre terratenientes, comerciantes e industriales a través de un mecanismo que ostentadamente se denominó "coincidencia patriótica".

La ropa lavada en casa

Tras la muerte de Tomás Berreta asciende a la primera magistratura Luis Batlle Berres. Los puntos fundamentales de su plan de gobierno fueron: el fomento de la industria, el subsidio de la industria lechera, la

subdivisión de la tierra a través del Instituto Nacional de Colonización y el estímulo a la agricultura y ganadería intensivas.

Los primeros en oponerse fueron sus primos César y Lorenzo Batlle Pacheco. Los medios de comunicación fueron el campo de batalla de esta confrontación, que aunque "doméstica", comprometía la suerte de distintos sectores de la población. Los "pachequistas" de entonces vehiculizaban su oposición a través del diario El Día, que habían logrado monopolizar, mientras que el presidente lanzaba su prédica desde el diario Acción y la Radio Ariel, capitalizando así los beneficios de un medio periodístico en franco ascenso en la época.

Para hacer viable la modalidad batllista de gobierno, el presidente tuvo que establecer alianzas dentro y fuera de su partido. Buscando una "coincidencia patriótica" se aliará con el herrerismo y deberá mantener un frágil equilibrio en la integración de su gabinete ministerial, transando con los sectores más conservadores del Partido Colorado.

En ese juego de concesiones los herreristas obtienen importantes cargos públicos a cambio de su aprobación a algunas nacionalizaciones propuestas por Batlle Berres. Construida así, la "patriótica" coincidencia era una frágil trama de fuertes intereses, destinada a preservar el "interés general" y la "paz social".

El herrerismo salvaguardaba entonces los intereses del latifundio, volviendo inoperante la acción del Instituto Nacional de Colonización, y el batllismo conseguía, a través de su política amortiguadora de las luchas sociales, establecer el colchón donde descansará la productividad industrial y comercial.

Esta economía de intercambio tuvo una brevísima existencia, en poco tiempo se transformó en una cáscara vacía, en un burdo pacto burocrático que obligó a crear nada menos que 23 cargos de dirección para responder a las demandas de los pactantes.

El herrerismo fue el primero en romper el naciente idilio, pues respondiendo a las exigencias de los dueños de la tierra y de los sectores más reaccionarios, apostó más a su papel "opositor" que a compartir un gobierno que día a día daba mayor influencia a la diplomacia norteamericana, frente a su aparente no-alineamiento, en el marco de la llamada "guerra fría".

Hoy, blancos y colorados han dejado de ser "patrióticos", pero proclaman para su coincidencia el carácter de "nacional". Ellos son "la nación". Dando prueba nuevamente de su versatilidad, el presidente Lacalle logró conciliar en su gabinete a financistas, banqueros e industriales, con defensores de los pequeños productores, diplomáticos internacionales y políticos de corte populista.

Este heterogéneo mosaico, fruto de un trabajo o parto de intercambio, es el precio que los herreristas del presente pagan por gobernar. Coincidencia nacional que, dispuesta a alentar los condicionamientos internacionales, significará un duro golpe para todos aquellos que no estén dispuestos a "coincidir".

¿Podrá superar el doctor Lacalle las experiencias históricas anteriores?

¿Pueden estos pactos significar una esperanza nacional?

¿Puede el lector, en un ejercicio de su perspicacia, señalar semejanzas y diferencias? Inténtelo.

En vivo o frente al televisor, el primero de marzo recogimos imágenes que por cinco años no serán sustituidas en nuestra memoria. El público aplaudiendo a los que saludaban desde el balcón del Palacio Estévez. Un presidente que no pudo escapar a los gestos para la posteridad, seguramente ensayados durante años. Ministros que ponían su primera cara de tales. Gente bailando, alegre, lejos del rostro adusto de Braga. Policías sudando, entrajados, cuidando a los otros entrajados. Militares que pasaban desfilando y torcían su cabeza para mirar al nuevo presidente. El ministro Brito cuchicheando con el general De Nava.

Sanguinetti, que el día anterior había pasado revista a sus éxitos, nos dijo "me despido pero no me voy". Seguramente pensaba en lo larga y difícil que es la carrera del poder, cuyo premio incluye cinco duros años que trituran los méritos más firmes.

Quien recibió la banda presidencial, con la sangre dulce, no dudó en elogiarlo, lejos todavía de que se rediten las zancadillas y los codazos que preceden a los actos electorales.

Pasajeros al tren

"Desde el punto de vista de los valores que en una sociedad son perennes, si me siento como conservador... Si como conservador se define a aquel que se opone al cambio, soy y me siento como un generador de cambios."

Así resumía el presidente Lacalle el "cambio conservador" que intentará ejecutar los próximos cinco años. Dicen que Jorge Batlle perdió por decirle a la gente lo que iba a hacer; Lacalle ganó pese a que también lo anunció.

Entre el 28 de noviembre y mediados de febrero el herrerismo atravesó todas las estaciones políticas sin poder enganchar muchos vagones a su máquina. Ese período fue bien definido por el senador Pablo Millor: "Me han hablado de coalición, gobernabilidad, entonación y coincidencia, lo que muestra lo rico que es nuestro idioma".

Otra cosa que quedó demostrada es que un prosaico tráfico político puede tener variadas vestiduras.

Lacalle estuvo apremiado por los plazos, y por la "desgracia" de tener como primer socio a quien más alejado estaba de su propuesta. Estaba obligado a concretar en primer lugar su acuerdo con el Movimiento Nacional de Rocha (MNR), para no ir regalado a conversar con los colorados. El Presidente sabe que a mediano plazo los rochanos buscarán su propio andarivel, sea por divergencias concretas, sea por la perspectiva electoral del '94. Pero tampoco ignora que, en esta etapa, Carlos Julio Pereyra debe apostar a su desgaste sin provocar una debacle del Partido Nacional que llegue a arrastrarlo.

Rebelde con causa

Los colorados eran el aliado natural, por antecedentes, por programa, por ideología. Si no fuera por sus propias contradicciones irresueltas hubieran dictado

Luego de tres meses de idas y venidas, al final salió humo blanco —y colorado— y se concretó la mayoría parlamentaria. Cada vez es más difícil presentar como novedosas situaciones tan antiguas, pero la fresca inventiva de la clase política ha llamado "coincidencia nacional" a este acuerdo. Más allá del trabajoso parto y el discutido bautismo, el arreglo presenta serias dificultades a mediano plazo. Por arriba, muchos muchachos para un solo trompo; por abajo, la previsible oposición a un modelo que acentuará las injusticias.

muy duras condiciones al herrerismo. De todos modos estiraron los plazos, y tienen en su manga una carta interesante: el Cuqui puede transformarse en su virtual prisionero cuando el Movimiento de Rocha no pueda o no quiera avalar al gobierno.

El enfrentamiento entre Jorgistas y Julistas se verá en la convención de abril, aunque busquen dirimir parte del conflicto lejos de la curiosidad de "los indios". Sanguinetti, que se despidió pero no se fue, reiniciará una carrera que ya conoce, y mucho más livianito que su rival.

El espacio vacío que dejó la muerte de "los capitanes" —Flores Silva, Vaillant, Faingold— podría ser ocupada por el relecto intendente de Río Negro, Mario Carminatti, que busca proyección nacional apoyado en dirigentes del interior.

Pacheco está en un buen momento, asumiendo el papel de interlocutor colorado ante Lacalle. Pero el *aggiornamiento* necesario para que la esfinge hablara ha permitido que el pachequismo duro del 68 se trasvasara al autoritarismo cuasi fascista del ángel rebelde, Pablo Millor. Para conformar a Batlle se aprobó la creación de un nuevo ministerio, pero la distancia tomada por la Cruzada 94 no parece responder a la falta de otro ministerio: la apuesta del fundamentalismo millorista es mucho más ambiciosa.

Nada será sencillo con tantas piezas trabadas entre sí, y con tantas ambiciones en busca de poder.

Si bien en estas instancias también se dirimen conflictos intraburgueses, por debajo de este entrecruzamiento de hombres, colores, números y cálculos, la esencia permanece incambiada: todos coinciden en el "cambio conservador". El mismo antiguo modelo atraviesa democratizaciones y cambios de partido, sin una sombra de riesgo. No será este Parlamento quien lo ponga en peligro.



Foto de Carlos Américo

El gobierno en marcha

Un modelo antiguo

Caja de cambios

Por fuera de la rebatiña, el Nuevo Espacio y el Frente Amplio redondean sus estrategias para el nuevo período.

El primero guardó un prudente silencio durante las negociaciones, esperando participar en la ronda de aspirantes. "Nosotros —dijo Batalla— podíamos darle transparencia, un equipo, pero Lacalle necesitaba mayorías parlamentarias." Sus declaraciones y las de Fau respecto al gobierno y la Intendencia podrían indicar que el Nuevo Espacio (hoy poco más que el PGP) tanea el camino abierto por eventuales fracasos de Lacalle en lo nacional y de Tabaré en Montevideo.

Precisamente, en la capital, el Frente Amplio se juega muchísimo, y ya empezó a recibir fuego cruzado. Pero también deberá atender su imagen nacional, efectuar un trabajo profundo en el interior del país, y solucionar los viejos problemas que limitan su potencialidad de masas.

En los próximos años puede volver a replantearse la alianza del cambio, la que obtuvo 800.000 voluntades en abril y luego se replegó ante una realidad electoral que dividió las aguas. ¿Ese gran frente estará condenado al recurrente abandono de la unidad, imposibilitando una pueblada aún más potente?

No es descabellado suponer que la unidad por arriba se hará posible cuando un empuje desde abajo la haga imprescindible. Pero el movimiento popular parece seguir sumergido, sin más perspectivas de levante que las que le dé la dureza del garrotazo neoliberal que se nos viene.

Al bajón que le fue impuesto en 1984 por la dirigencia política de la izquierda, se agrega hoy el efecto de este quinquenio, donde la resignación y el descreimiento siguieron ganándole espacios al

espíritu de lucha.

La política de privatizaciones y la reglamentación sindical pueden encontrar al movimiento trabajador en un mal momento, pero desde las alturas del gobierno hay cierta prudencia, tal vez temiendo que la obligada resistencia fortifique a un pueblo que ha dado muchas sorpresas.

En tanto FUCVAM y los embriones de organización barrial tienen ante sí —en Montevideo— una perspectiva de avanzar en organización y logros concretos. La política de vivienda del gobierno aún está por verse.

Los mareados

Al disciplinado ingeniero Cat le tocó bailar con la más fea, como ministro de Trabajo. Braga sostiene que "el ministro de Economía no es responsable de la política salarial", y Cat le devuelve la pelota diciendo que "las políticas económicas marcarán hasta dónde va a poder llegar el salario". Esperemos que los trabajadores no se mareen de tanto viajar desde el Ministerio de Economía hasta el de Trabajo.

La marcha del carro del gobierno seguramente no acomode los zapallos. Pero, atención: ese juego político, esa dialéctica de las hortalizas, no deberá distraer al movimiento popular de lo que importa. Ya estábamos avisados y les votamos; no preparamos para enfrentarlos sería tropezar dos veces con la piedra de la ingenuidad.

Acaso el destino de este país haya ido pasando como la *voiturette* de Herrera, de mano en mano, hasta caer en las de su nieto, este pituco que logró ser elegido prometiendo sudor y lágrimas. Lástima que sus votantes van a llorar junto con los demás.

El FA que necesitamos

Generalmente, cuando se habla de la revolución latinoamericana, se concibe como "contenido" todo lo que hace a programa económico y social: reforma agraria, no pago de la deuda externa, nacionalización o estatización de la banca y/o del comercio exterior, defensa de la soberanía y de los recursos naturales, socialización de empresas...

Al mismo tiempo, se conciben como "formas" los procesos políticos que permiten concretar tanto los "contenidos" como la superestructura política originada en estos procesos. Así, según esta concepción, podrían servir de base a la revolución antimperialista un golpe de Estado de militares progresistas, el gobierno de algún burgués nacionalista, un proceso electoral que lleve a la izquierda al triunfo, o la lucha de los movimientos armados de liberación nacional. Lo que hace a la revolución sería el "contenido económico" del programa, las medidas efectivas que se llevarán adelante. Lo demás sería lo de menos.

Nada más equivocado. La experiencia y el análisis de las revoluciones triunfantes en América Latina -Cuba y Nicaragua- nos llevan a concluir que la participación activa de las masas es la que determina los contenidos.

Participación y democracia en la lucha por el poder; participación, democracia y pluralismo en la construcción del poder popular. No puede haber reforma agraria, estatización de la banca u otras medidas socializantes, si no existe control de la economía por parte del pueblo, y participación política de las distintas clases y sectores sociales.

En esto, lo demás no es lo de menos. Los nicaragienses, con su concepción de la política y de los sindicatos, de la democracia, de la participación y del pluralismo, nos están dando un gran ejemplo. Existe un programa de principios del que nada podrá apartarlos, y hay distintas concepciones políticas de cómo llevarlo adelante. Eso es el pluralismo. La democracia popular es el marco en el cual se llevarán adelante las medidas antimperialistas y de tránsito al socialismo, aspectos esenciales del programa de liberación nacional.

La experiencia europea

Hoy, a la luz de lo que está pasando en Europa oriental, podemos reafirmar -por la negativa- estos conceptos. La concreción del programa económico no garantiza nada, si al mismo tiempo no se desarrolla una superestructura política que transforme a los trabajadores en protagonistas. No solo como clase beneficiaria de los cambios, sino como actores políticos, verdaderos sujetos de la transformación.

Las revoluciones no se exportan y tampoco se hacen para otros. Las hacen los explotados, gran mayoría en nuestras sociedades, para obtener mejoras en lo económico y social, y en su desarrollo político y cultural.

La comparación entre las que alguna vez fueron, o quisieron ser revoluciones,

y las verdaderas, las que conmovieron al mundo (la del '17, la china del '49, Cuba, Vietnam, Nicaragua...), nos indican que el carácter revolucionario se encuentra ya en el proceso inicial. En la lucha contra la burguesía y el imperialismo se anticipan los gérmenes del nuevo Estado, de un poder popular participativo y democrático. En cambio, cuando se lucha por "salvar" a otro de la opresión imperialista, ese camino mesiánico puede, en el mejor de los casos, parir a grandes burócratas que tratan de resolver solos el destino de los pueblos. Y estos "sufren" sobre sus espaldas las transformaciones que históricamente tendrían que protagonizar.

Los instrumentos de nuestra transición

Estos conceptos son los que nos han guiado en la construcción del MPP. Tendrán que ser también los que nos permitan caracterizar al FA que creemos imprescindible impulsar, para evitar deformaciones y lograr las transformaciones revolucionarias.

Hasta ahora hemos venido propagando la idea de la participación y ayudamos a concretarla en el MPP. De ahora en adelante se deberá profundizar en éste, y elaborar una propuesta operativa a nivel

del FA; no para lograr una transformación inmediata, sino para iniciar un intercambio fraterno.

Desde su origen, el FA trató de ser, y así lo proclamó, un movimiento político y no solo electoral. No se trata simplemente de cambiar unos parlamentarios por otros, ni un presidente por otro, sino de construir un movimiento capaz de gobernar. Con todo lo que ello significa en cuanto a movilizar, y crea organismos de participación en el FA y en el conjunto del pueblo. Se necesita una política de masas que se exprese a nivel barrial, agrario, cooperativo y sindical, y que además tenga una expresión electoral. Es decir, a partir de la coalición evolucionar hacia el movimiento.

El FA, desde el inicio, fue ambas cosas; los años de lucha y clandestinidad tendrían que haber desarrollado las características de movimiento, pero sucedió lo contrario. Esto se vio desde el '84, cuando fue enredándose en sus propias contradicciones, que derivaron en la separación del PGP y el PDC; también se verificó en la campaña electoral, que fue más que nada sectorial. El papel de los comités de base fue mucho menor que el cumplido en 1984, e infinitamente menor que el de 1971.

Cabría preguntarse si esto fue circunstancial o forma parte de la tendencia

dominante, de las características futuras. Si es esto último, pensamos que el FA quedará a medio camino como instrumento de la transición, pues no podrá desarrollar las formas democráticas y pluralistas necesarias para llevar a cabo el programa económico-social.

El papel de los comités de base tampoco se puede estudiar al margen de otras características de este FA: Plenario Nacional con menos del 30 por ciento de delegados de base y más del 70 por ciento de grupos políticos; elección de delegados en asambleas de comités a los que cada vez concurrían menos gente; poca agilidad de la Mesa Política cayéndose de hecho en la conformación de un organismo paralelo, no discutido ni aprobado por el conjunto. Por último, se mantuvo y consolidó el mecanismo del consenso para la toma de decisiones.

Todo esto ha acentuado las características de coalición, y pensamos que es hora de empezar a superar las limitaciones que ellas se nos imponen. Hay que darles mayores oportunidades a los independientes que reclaman un lugar donde expresarse. Hay que ampliar el número de los que toman decisiones y eligen a sus representantes. Hay que sustituir la regla paralizante del consenso, por el sistema de mayorías especiales. Y hay que discutir la constitución de un Secretariado Ejecutivo en el Plenario y la Mesa Política; un secretariado que no actúe de hecho y al margen de otros organismos, sino como resultado de su aprobación en estos.

Nuestra propuesta

Las medidas concretas tendientes a ello podrían ser: aumentar el porcentaje de delegados de base en el Plenario Nacional por lo menos al 50 por ciento; aumentarlo también en la Mesa Política, y pasar de la elección a mano alzada en cada comité a la elección por voto secreto y directo de los adherentes de cada coordinadora.

La constitución del Secretariado Ejecutivo podría hacerse a partir de un delegado por cada espacio real, dos o tres delegados de base, y el presidente y vice del FA.

En cuanto al consenso, es el instrumento típico de la coalición, el que le otorga capacidad de veto a las minorías y puede paralizar -o por lo menos mediatizar- la práctica.

Es por ello que hay que sustituirlo.

Marcar las diferencias con la opinión discrepante y con el voto no va contra la unidad. Porque la unidad política que debemos construir, no es la que surge de la unanimidad, sino la que reconoce diferencias y matices, encuentros y desencuentros, pero sobre todo asegura la acción común contra el enemigo.

Todo esto es opinable, pero lo planteamos en el momento que consideramos más oportuno: cuando se abre una nueva etapa y hay que empezar a intercambiar, fraternalmente y de cara a la gente, cuál es el mejor modo de recorrerla. La gente, los militantes independientes o partidarios, tendrán mucho para aportar al respecto.

El camino de la participación requiere también polémicas e intercambios. No solo los que se dan siempre entre las mismas cuatro paredes de un local partidario, sino los que se pueden expresar en el barrio, en el trabajo o en la calle, a cielo abierto, entre todos los que soñamos con el país liberado por la lucha de un pueblo consciente.



En el campo del honor

Un episodio habitual —bagayo en 18— denunciado por el diario **La República**, se transformó en una historieta donde aparecieron mezclados el honor de un oficial de policía, una ley propia del *Far-West*, y la libertad de informar, entre otras cosas.

El Inspector Principal Clavería, subjefe de policía de San José, apareció como dueño de los vehículos que descargaban el contrabando. Llamó la atención el silencio oficial al respecto, así como la bajada de cortina a la investigación periodística operada por jerarcas municipales (los anteriores). Pasaron unos días antes de que aparecieran documentos aclaratorios de la inocencia del policía, pero el caso es que **La República** no había acusado, simplemente expuso hechos.

La reacción ante la información periodística saltó por donde menos se la esperaba: el oficial aludido pidió permiso a sus superiores para retar a duelo al director del diario en cuestión. Sanguinetti lo autorizó. El argumento de Clavería fue *"el perjuicio irreparable a mi familia y a mi trayectoria de tantos años en la institución policial"*.

Sin embargo la trayectoria del señor Clavería había sido puesta en cuestión hace más de un año, sin que eso generara reacciones, ni caballerescas ni judiciales. El ex agente de la Dirección de Información e Inteligencia José Calace mencionó en su libro *Quince años en el infierno*, a un tal Clavería como jefe del Departamento 6, a cargo de un equipo que usaba la tortura *"como método sistemático y rutinario de interrogatorio"*, efectuado *"en todas las dependencias de la DI"*.

Si el Clavería del duelo no es el del libro, debería haberse preocupado de que un tribunal de honor lo aclarara, cuidando su buen nombre.

Yendo más allá del caso particular, las denuncias expuestas en dicho libro abarcaron a muchos policías de todos los grados, en temas como hurtos, corrupción, tráfico de drogas, torturas, violaciones, desapariciones, y venta de información a un país extranjero.

En todos esos casos, si la justicia decide actuar y se comprueban las acusaciones, el honor faltó a la cita. Si eso no sucede, persistirán las dudas.

Es muy difícil hablar de este tema sin recordar casos en que



policías y militares actuaron con deshonor. La ley de impunidad no reparó el honor del Cuerpo, como sí lo hubiera hecho la actuación de la justicia.

En la ceremonia de toma del cargo, el nuevo ministro de Defensa, Mariano Brito, en un interesante discurso hizo alusión a *"las virtudes morales ineludibles para el soldado"* y a los *"imperativos morales"* (reciedumbre, fortaleza, justicia, moderación, limpieza y honestidad de costumbres...). El mismo Brito destacó en su alocución *"cuanto de bien social puede derivar cuando esas categorías morales se viven con delicadeza y fidelidad personales y se hacen por ello categorías vivas en el cuerpo profesional militar"*.

Dejando al margen, por sabido y resabido, el abismo que ha mediado en los últimos 20 años entre los *"imperativos"* y la realidad, sería por lo menos entretenido que el nuevo ministro del Interior, Juan Andrés Ramírez, recordara cuáles son las virtudes ineludibles para el Cuerpo profesional policial.

De no hacerlo, y de no ponerse en práctica tales categorías, estaremos condenados a aguantar las réplicas de las instituciones sociales de los policías en todos los casos en que algún cole-

ga aparezca implicado en presuntos o comprobados delitos.

Ahora, detrás del *"lance caballeresco"* mucha gente sospechaba intenciones de presionar sobre una libertad de prensa que debe tener en la justicia los únicos límites. Y que los ha tenido, como bien lo sabe el señor Hugo Ferrari, habitual pluma del periódico *Disculpe*, encontrado culpable por sus dichos y proce-

sado. Mientras se diligenciaban los trámites del duelo, padrinos van, padrinos vienen, la casa del periodista retado fue asaltada por dos personas que actuaron con profesionalidad delictiva, y llamativamente buscaron solo documentos.

Leído el párrafo anterior, habría que retar a duelo a los lectores, que por recordar hechos acaecidos en este país hasta no hace mucho, habrán sacado sus conclusiones.

Veinticuatro horas después de ese hecho, el Inspector Principal Clavería se retiró del duelo que había echado a andar con la anuencia presidencial y ministerial, y con el fallo a favor de un Tribunal de Honor —cuya integración desconocemos— conformado por sus pares, es decir sus colegas.

La razón expuesta para el

frenazo. Se aclara que los Centros Comunes Zonales no son las coordinadoras del FA, son un espacio abierto y democrático de todos los vecinos de Montevideo.

—Yo te diría que incluso existe una torsión de ese pensamiento cuando se dice que a los vecinos se les da participación. La participación, en realidad constituye el ejercicio de un derecho y los derechos no los otorga nadie, de manera paternalista.

—Exactamente, exactamente. Y todo esto se está dando en un contexto social, extraordinariamente venturoso, lleno de potencialidades, y en un contexto político, que yo lo veo también muy interesante, porque importantes sectores de nuestra izquierda se han decidido a discutir, han decidido debatir las razones de su existencia y sus más últimas identidades. Y esta es una reflexión en profundidad, que, a mi modo de ver, podría prefigurar, que los realineamientos en la izquierda no van a pasar en el futuro por pequeñas patrias de Partido, sino que van a dar lugar a cortes horizontales entre renovadores y ortodoxos; y creo que en los próximos congresos va a ser una constante. La renovación tiene muchas caras y la ortodoxia también las tiene.

La gente tiene la palabra

—Por ejemplo, el tema de la renovación, que plantea en los hechos la Intendencia de Montevideo, tiene una arista muy saliente, que es la necesidad de delimitar y a la vez compenetrar con mucha claridad las organizaciones sociales y las organizaciones políticas. No se trata de optar entre la organización políti-

golpe de timón del jerarca policial fue que *"el ofensor"* quedaba inhabilitado *"porque aprovechando su condición de periodista"* continuó sus agravios, porque no se retractó, y porque no usaría las armas. No se entiende muy bien que se rete a duelo por no retractarse, y que se levante el reto por la misma causa, pero, en fin....

Resulta obvio que con el correr de los días el tema estaba adquiriendo dimensiones que de otra forma no hubiera tenido; nos referimos al tema de las armas apuntando a la libertad de prensa. El libro-acusación de José Calace hubiera merecido

ca o la organización social. Cuando hablábamos de todo el empuje que viene desde tiendas del neoliberalismo, que también reclama descentralización, es necesario advertir que ese empuje también ha entrado en la izquierda. Impedir que nos devore depende mucho de la actitud que tenga la izquierda para poder conjuntar lo político con lo social, lo político organizado con lo social organizado.

—Es la idea de lo político como lo sucio y lo social como lo puro, y lo que la historia de la humanidad nos enseña es que lo social sin lo político, alienta la preservación del orden constituido.

—Hay un tema que quisiera plantearte para concluir. Los dieciocho delegados zonales van a ser, a la vez, mandatados por Tabaré, y en consecuencia, representantes de la Intendencia y del gobierno departamental frente a la zona, pero a su vez van a ser los delegados de su zona frente a Tabaré —al menos será así en esta primera fase. ¿Creés que este desdoblamiento pueda traer problemas?

—Es evidente que va a haber dos mandatos, pero nuestra definición política es clara: el mandato fundamental es el de la gente. Podemos equivocarnos, interpretar de manera inadecuada el sentir de la gente, pero lo definitivo en esto es que la última palabra la tiene la gente. De manera que, aquel delegado cuya gestión no conforme, que se interprete que contradice lo que la gente en su zona está planteando, ese delegado ha dejado de servir por más que él entienda que está expresando fielmente su mandato municipal.

tal vez varias docenas de padrinos, para que el honor de la familia policial quedara a salvo.

El teniente general retirado Hugo Medina haciendo docencia, definió al duelo como *"la manera que tiene el hombre de defender su derecho, su verdad, su razón y su honor dentro de la ley"*. El derecho, la verdad, la razón y el honor fueron maltratados durante demasiado tiempo en el Uruguay, como para que hoy aparezcan sensibilidades de doncella mancillada. La mejor manera de defender integridades sigue siendo dejar actuar a la justicia. De no ser así, abrimos paso otra vez al salvaje grito de *"¡Viva la muerte!"*.

¿Qué antecedentes tiene la idea de descentralización, que evidentemente es uno de los rasgos más originales e innovadores del programa de gobierno departamental?

—En 1984, el FA levanta la bandera de la descentralización, una idea que ya, a nivel mundial, era un clamor al que se sumaban las más diversas voces. Desde los años '60 nos encontramos a figuras tan diversas como Pinochet, Fidel Castro, Ronald Reagan, y las izquierdas italiana, española y francesa, postulando la descentralización del Estado. En todos lados se afirmaba la misma idea, pero, obviamente, no en todos estaba queriendo decir lo mismo. Por ejemplo, la primera campaña electoral de Reagan estuvo en buena medida sustentada en la vuelta al condado mítico del Lejano Oeste, en donde la manifestación instrumental era descentralizar al Estado como tal. De hecho —y dejando de lado a los países socialistas, donde también la necesidad de la descentralización era imperiosa—, hay dos grandes perspectivas existentes en el mundo en torno al tema de la descentralización. Una, es un subproducto del neoliberalismo: el dismantelar las políticas sociales de un Estado benefactor para tirarle a la sociedad la resolución de sus problemas básicos. Y desde una perspectiva contestataria, de transformaciones profundas, la bandera de la descentralización era levantada como forma de democratización de la sociedad, permitiendo que las grandes mayorías pudieran coparticipar en las decisiones, en la gestión del Estado en sus más diversos niveles.

El Frente Amplio y la descentralización

—De alguna manera, para los propugnadores del cambio, que no cuentan con los grandes resortes del poder económico que les permitan viabilizar este cambio, la descentralización surge como una forma casi obligada de recurrir a los que son protagonistas de las transformaciones, a los que se apuesta conscientemente.

—Exactamente. En 1984, cuando el FA levanta esta bandera —no hablo de 1971, ya que el programa en aquel

entonces era más general—, se estaba ya insertando en ese debate mundial, y tomando partido. Saliendo del terrorismo de Estado, con la mayoría de los dirigentes presos, esta bandera no tuvo una traducción operativa precisa. Pero es a partir de esa circunstancia que el FA comienza a trabajar en un planteo de descentralización. Luego viene un período en el que el FA vive una semiparálisis, durante casi tres años, discutiendo su problemática interna, que culminará en una fractura, y lo único que lo remueve es la campaña por el Referéndum. Llegado el año 1989, y a pocos meses de la campaña electoral, definida la problemática interna del FA, es entonces que se plantea profundizar y completar el programa municipal, por lo que se vuelve a levantar la bandera ya existente de la descentralización. Se intenta traducirla en una propuesta muy operativa y muy concreta, que fuera inmediatamente perceptible por la población de Montevideo, ya que fundamentalmente se piensa en la capital —en el Interior hay un pensamiento descentralizador, pero poco

desarrollado.

La irrupción de Tabaré

—¿Es entonces que comienza a trabajar la Comisión de Programa Departamental?

—Sí, es allí que se forma un equipo de técnicos y políticos, el cual me tocó integrar, que articula el Programa que la gente conoce. Este equipo tiene una particularidad muy destacable al interior del FA. Y ella es que, dada la indiferencia demostrada por la totalidad de los grupos políticos del FA sobre los problemas municipales, la Comisión trabaja con un grado muy grande de libertad, sin condicionamientos que nos rigidizaran en nuestra participación. A diferencia de otras comisiones del FA, como las que trataban los temas de la banca, del agro, de la deuda, en donde había posiciones mucho más rígidas, lo que hacía más difícil el avance conjunto. Ese entorno de libertad nos permitió, primero, como grupo humano, cohesionarnos mucho y nos llevó a que se dieran las condiciones para generar una propuesta bastante coherente, bastante avanzada y valiosa; en conse-

cuencia, como herramienta política. A ello habría que agregarle la emergencia de una figura política que encarna este programa y que sabe disponer de un lenguaje, de un código de comunicación con las grandes mayorías nacionales, y montevideanas en particular, que hace posible el triunfo electoral de noviembre. Me estoy refiriendo, obviamente, a la figura de Tabaré Vázquez.

—Como sociólogo y hombre de izquierda que sos, me gustaría que te extendieras más sobre ese tema, sobre el porqué de la singular importancia de Tabaré Vázquez en este período.

—Creo que en la figura de Tabaré Vázquez hay que advertir cómo se conjuga un pensamiento político radical, que no claudica, con una enorme consecuencia en la defensa de los intereses populares y nacionales, expresados en este programa departamental, conjuntamente con una sensatez y un espíritu de tolerancia que lo proyectan al conjunto de los montevidianos. De alguna forma, en Tabaré Vázquez existe la superación de dos antiguos vicios de la izquierda: o la claudicación moderada, ese

especie de balbuceo, ese jugar al bueno en aras de una supuesta viabilidad, o el vanguardismo, que pierde total comunicación con las mayorías sociales. Hay entonces una síntesis, en el estilo de este nuevo actor político, que va a jugar un papel fundamental en el triunfo electoral, y que lo jugará en el futuro.

—Reconociendo el carácter embrionario de los Centros Comunales Zonales, ¿qué características tienen los primeros intentos de concreción de lo que hasta ahora no era más que teoría?

—En principio, nos encontramos con una expectativa social realmente impresionante, que es traducible en un enorme capital político. Esto se expresa a través de una verdadera onda expansiva de la organización, a nivel de los barrios. La gente empieza a comprender que se ha abierto un tiempo histórico de participación, y de incidir en las decisiones que la involucran; y a partir de ello comienza a fortalecer organizaciones ya existentes, y a generar otras.

Los dilemas de la izquierda

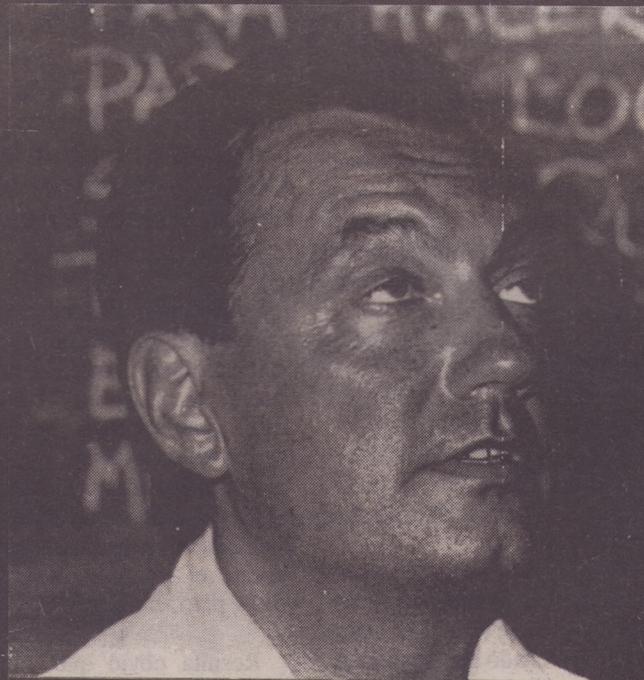
—¿Qué conducta ha adoptado la izquierda frente a todo esto?

—Ese es un tema que particularmente me preocupa. El elemento que está menos activo, frente a esta movilización, son las propias estructuras de la izquierda. El FA, como estructura política, no había reflexionado sobre la significación de lo municipal, de lo vecinal. De alguna manera, este Programa Departamental surge al margen —no en contra— de la estructura del FA; y por tanto no fue discutido, ni ha hecho carne en la militancia frenteamplista. Por ejemplo, en determinado momento muchos frenteamplistas, incluso dirigentes, pensaron que la participación pasaba por empuñar una escoba y salir a limpiar la calle. Eso se discute a nivel de dirigencia, se entiende que es el eco de una convocatoria hecha en 1971, con diferentes objetivos, y que ese no es el camino. Primer frenazo. Luego viene la segunda actitud, que obedece a fuertes inercias de toda la izquierda: la idea de copar todo. En esto no hay que ver otra cosa que matrices de pensamiento, concepciones políticas muy arraigadas dentro de la izquierda. Se discute y se rechaza esa idea. Segundo gran

☛ sigue en la página 11

Con Alvaro Portillo

Permiso para crear



Alvaro Portillo tiene 41 años, es sociólogo y abogado. Junto a Eduardo Bandeira, Ariel Bergamino, Selva Braselli y Alberto Roselli, conformó el equipo, destinado por el FA a pergeñar las principales líneas de su programa de gobierno departamental. La labor de esta comisión comenzó a adquirir relevancia a partir de noviembre, pero fue gestada a lo largo de

meses de trabajo silencioso, que hoy muestra sus frutos primeros. En el segundo piso del Palacio Municipal, Portillo, recientemente designado, junto a los restantes miembros de la comisión, coordinador del "grupo de los 23" (completado con los 18 delegados de zona), habló largamente con Tupamaros acerca de los múltiples temas que hacen a este gobierno municipal, que tiene características de desafío.